

CUENTO N° 220

TÍTULO: EMBRAVECIDO

SEUDÓNIMO: LA CHICA DE VILLARRICA

AUTORA: PAULA CECILIA CRUZ DOMÍNGUEZ

Embravecido

Esa tarde los dos hombres llegaron a la cabaña contigua al acantilado, frente al mar. El aire estaba muy frío. El gran ventanal ofrecía una vista sobrecogedora. Abajo, las olas rompían con fuerza contra las rocas, su espuma blanca golpeaba sobre el mar embravecido.

Los hombres venían cansados y con hambre, pero no era el momento de quejarse pues tenían primero que solucionar aquel *asunto*.

- ¿Dejaste todo arreglado? -Preguntó el hombre mayor.

- ¡Sí, lo hice! El sótano quedó bien cerrado y con buena ventilación. Le dejé también unas mantas para el frío. -Afirmó el joven.

-Fue un día largo y estresante. Nunca imaginé que el *asunto* fuera tan peligroso. -Reflexionó el hombre, tomándose la cabeza con ambas manos.

El joven estaba ansioso y preocupado. Se paró frente a la gran ventana y comenzó a observar el mar. Se veía tan agitado como él y ello de alguna forma lo tranquilizó.

- ¡Estoy nervioso! -exclamó- Al ver su mirada indefensa, vienen a mi mente tantos recuerdos de mi niñez; cuando yo era inocente y no comprendía bien el mundo. -Señaló con voz entrecortada.

- Te pusiste demasiado sentimental. Todo el esfuerzo que le pusimos para cumplir con esta parte del plan. -Respondió el más viejo-. Me cuesta entenderte. -Masculló.

- No entiendes lo que me pasa. Tenemos esta gran oportunidad. Se me hace difícil esta larga espera. -Replicó el muchacho.

Ambos quedaron en silencio por un largo rato. Luego decidieron prender la cocina y preparar algo para comer. Tenían poco para compartir: un par de panes, queso, huevos y algunas cebollas. Lo que no faltó fue una botella de vino. Necesitaban beber para soportarse. Torpemente cocinaron algo y se sentaron mirando nuevamente el mar.

Comenzaba a oscurecer. Se podía observar las agitadas aguas y oír el ruido de las olas; que al juntarse con el viento producía una melodía tenebrosa.

El hombre mayor retomó su rol de jefe y comenzó a repasar en voz alta los siguientes pasos. En seguida, tomó el teléfono y llamó al señor Parker. Le repitió las instrucciones para el encuentro y el lugar indicado. Todo a la mañana siguiente. Ese viejo le molestaba profundamente y el solo hecho de escuchar su voz le produjo repugnancia. Acercándose al joven le dijo:

- Baja al sótano y ve que todo esté en orden.

-Me cuesta entrar ahí. Me produce mucha angustia. -Balbuceó el muchacho.

¡No seas estúpido, toma en cuenta lo que ganaremos! ¡Cumplirás tus sueños! Manifestó con dureza el hombre.

-Sé muy bien lo que quiero. Tantos años de miseria. -Precisó sobándose las manos.

Algo ebrios, decidieron irse a dormir. Se tendieron sobre las desordenadas camas de la cabaña mientras el mar seguía rugiendo fuertemente. En unas horas más debían emprender el viaje.

El muchacho seguía conmovido y nervioso. Se revolvía en la cama sin poder conciliar el sueño. No dejaba de pensar en ella. Su compañero, sin embargo, roncaba como si nada.

Cuando aparecieron los primeros rayos de luz, el muchacho se levantó con rapidez y, de inmediato, fue al ventanal a observar el mar. Este se mostraba tan agitado como su mente. Las grandes olas seguían golpeando las rocas y su vibración retumbaba en su corazón.

De pronto el hombre mayor dio las últimas instrucciones:

- ¡Llegó la hora de partir! Baja al sótano y métela en el maletero.
- ¡Así lo haré! -Respondió temeroso el joven.

Partieron rápidamente al encuentro con el señor Parker. En el trayecto no conversaron. El muchacho evitó en todo momento mirar hacia atrás. Poco a poco, el mar se fue alejando de su mirada ensombrecida.